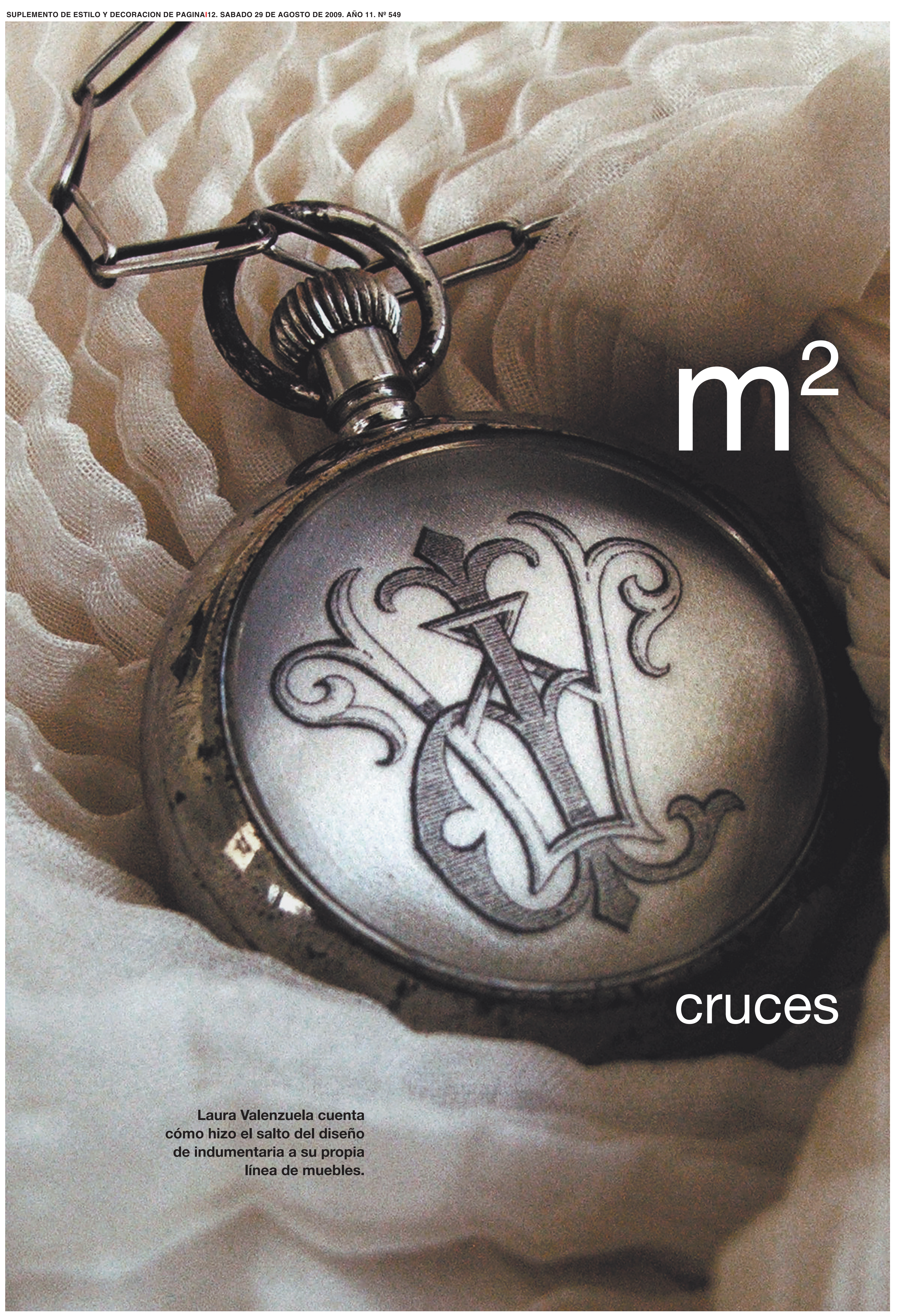
SUPLEMENTO DE ESTILO Y DECORACION DE PAGINA|12. SABADO 29 DE AGOSTO DE 2009. AÑO 11. Nº 549



Laura Valenzuela cuenta cómo hizo el salto del diseño de indumentaria a su propia línea de muebles.

Además: El polo tecnológico y el shopping de IRSA en la Legislatura, terminales ferroviarias, la sinagoga-rancho de Villaguay.

Estación Darwin

POR MATIAS GIGLI

Reforzando la tendencia participativa de generar concursos de diseño para elegir el mejor trabajo, la empresa de interiorismo Natan lanza el concurso Estación Darwin para todas las disciplinas afines al sector. El concurso busca transformar su viejo depósito de Palermo, que cuenta con un interesante frente ladrillero bien al estilo ferroviario de principios del siglo pasado, en un lugar a tono con el barrio de la movida de turismo, diseño y boliches.

El edificio está frente a las vías del San Martín, entre Niceto Vega y Cabrera, en Darwin 1451. Cuenta además con el espacio de verde que bordea el alambrado de las vías, en el que nunca se construyó una vereda y que tradicionalmente cuidan los frentistas. Se convoca a diseñadores a que presenten propuestas de ideas para transformar su fisonomía con materialidades e inclusión de luz y color tanto en su frente como en el espacio interior del edificio.

Los asesores del concurso son Poli Churba, por la empresa, y Ricardo Blanco. Las pautas que se fijaron no contemplan la modificación del parcelamiento interior del edificio sino su transformación. Se sugiere la utilización de materiales reciclados, la inclusión de materiales no contaminantes y una propuesta de energías alternativas en busca de nuevos conceptos en habitabilidad.



En los espacios a ambientar se deberán definir materiales, colores, texturas, iluminación y todo lo que haga a la definición de la propuesta para los espacios. Se definirán un local y depósito para Natan, un café literario-galería de arte en el nivel de planta baja y un local comercial para una marca de alto nivel que apunte a una tematicidad vinculada con autos o motos. La fachada también está incluida en los ítems a diseñar y en la cual se podrán hacer propuestas de iluminación, recordando que el edificio está protegido por la ley 2548 por ser anterior a 1940, con lo que debe ser tratado como patrimonial.

El verde de las vías podrá tener tratamiento paisajístico, pudiendo incluirse una nueva valla en lugar del alambrado del ferrocarril, la incorporación de plantas y árboles, la colocación de asientos y una propuesta de iluminación. Para la entrega se deberán presentar plantas, cortes, vistas y una imagen de cada aspecto que se considere, con especificaciones de materiales y una documentación aclaratoria.

El jurado podrá seleccionar el total de las propuestas de un autor o considerar cada ítem por separado, otorgando un primer premio compartido.

El jurado estará conformado por Clorindo Testa, Luis Benedit, Matías Gigli, Sergio Krymer, Fernando Manzone, Eduardo Naso, Alejandro Corres, Cayetana Mercé y Natalio Churba.

De cruces & rescates

La reciente Bafweek Buenos Aires fue la oportunidad de dar con Laura Valenzuela, uno de los nombres fuertes del diseño de indumentaria local, que empezó a aplicar su sensibilidad y rescates al mobiliario.

POR LUJAN CAMBARIERE

Si bien lo suyo es la indumentaria, pertenece a la segunda camada de egresados de UBA (1993), emblemática por los nombres fuertes (Mariana Dappiano, María Marta Fachinelli, Turquesa Topper), que aportó a la escena local. Laura Valenzuela venía coqueteando hace tiempo con el diseño de mobiliario y objetos. Había indicios. Las ambientaciones de sus show-rooms, estampas con miniaturas de muebles de época que aplicaba a sus prendas y los objetos antiguos que oficiaron en su momento de disparadoras de varias de sus más emblemáticas colecciones.

Lo cierto es que su marca registrada, esa que abona el rescate y rediseño con piezas de antaño que son verdaderas joyas de arte (textil en su caso) para vestidos de novia o de fiesta, no iba a tardar mucho en llegar. Uno de los eventos paralelos de la Bafweek Buenos Aires, celebrado la semana pasada, fue la oportunidad de saber de este nuevo emprendimiento que comienza, en las fronteras del diseño con el arte. Mobiliario resignificado desde su particular sensibilidad, algunos con tesoros de sus colecciones personales de postales, libros para niños y hasta artículos de tocador como polveras, antiguos, a los que les imprime su particular mirada.

–¿Cómo definirías tu estilo?

–A mí me emocionan mucho las texturas y todo lo que tiene que ver con otras épocas. Le doy mucha prioridad a la textura, a lo suave, a lo táctil, a lo áspero, al contraste, a lo que ya no se hace más, a lo visualmente romántico. Y diseño mucho desde ahí. Empiezo con las texturas, de hecho creo que soy más diseñadora textil que de indumentaria. Me gusta crear un estilo que la gente lo vea y no sienta que es una pieza industrial. sino que sienta que es una prenda u objeto que no tiene que ver con una década en especial. Y me gusta también generar en el otro cierta melancolía o sensación de pasado. Suntuosidad con los tejidos.

–¿Todo tiempo pasado fue mejor...?

–En los textiles ni hablar. En el sentido de la dedicación y el tiempo que especialmente las mujeres le ponían a la costura, el bordado, previo a los años '50. De hecho en los colegios se daban clases de costura y muchas mujeres hoy por hoy siguen guardando su carpetita de labores. Recuperar eso, desde una mirada más moderna, es algo lindísimo. Sobre todo, cuando lo hacés con diseño contemporáneo, de vanguardia.

–Un rescate y reúso continuo...

–Depende cómo me sienta en el momento en que estoy diseñando. Igualmente siempre trato de mezclar esa cosa de reutilización o de diseño de telas antiguas o de otras épocas con algo que lo contraste. Me gusta la mezcla de lo agresivo con lo suave, de lo masculino con lo femenino, que el diseño no sea obvio. Que no te quede ni de época ni femenino empalagoso. Que tenga un detalle que te remita a otra época pero con una mirada moderna.

–Además, hoy esa mirada tiene un aporte a lo sustentable...

–Yo la tuve siempre, incluso desde la época de estudiantes. Cuando hacíamos las entregas de hecho los profesores lo llamaban el estilo Valenzuela. Pero es cierto y me parece muy valioso pensar hoy desde la indumentaria también en materiales orgánicos o, por ejemplo, el fieltro, materiales con los que estoy experimentando.

–¿Cómo fue tu infancia?

–Bueno, mi papá y mi abuelo tuvieron imprenta toda su vida y yo, de hecho, ayudaba. Me encantaba ir, los lingoteros, las tipografías. Yo hacía trabajos de diseño gráfico estando en el colegio, y cuando me metí en la universidad fue para diseño gráfico y ahí justo salió la carrera de indumentaria y me mudé de carrera. Mi papá hacía muchas impresiones de arte. Muchos libros de arte. Y creo que la cosa del diseño gráfico, los libros, el arte, el papel me influenciaron. En muchos diseños míos hay muchos monogramas o tipografía. Siempre fui muy coleccionista. De ir a San Telmo. Al principio no sabía muy bien para qué. Después empecé a comprar.

–Tuviste una infancia de coser, bordar...

–No, ni era la que tenía la muñeca que vestía. Yo era más la que iba al jardín a buscar pétalos de rosa para picarlos y hacer un perfume. O investigaba las flores, más de la creación personal. De hecho a mí no me gusta la ropa, la moda. No soy fashion victim. Casi no me compro. Me gusta crear y diseñar cosas nuevas. Sensibilizarme con las piezas, las telas, los objetos. Además la palabra moda es un espanto, tiene que ver con lo que se usa y a mí no me interesa lo que se usa, sino lo que trasciende.

–¿Existe una mecánica en tu trabajo?

–A mí me inspira mucho el objeto. Entonces soy de ir a San Telmo









y meterme en los mercados. También voy mucho a las ferias de antigüedades de las plazas, de distintas ciudades o pueblos. Y compro cosas que dejo en mi casa, saturada de objetos, y después en base a eso diseño. Quizás a veces ese objeto es fotografiado y contado, o es parte de una instalación que acompaña a la ropa en una muestra o a veces es parte de la prenda. En general es muy disparador e inspirador todo eso para mi trabajo.

–¿Son textiles?

–No, tapas de libro, una tipografía, un metro de arquitecto de época, una polvera. Por ejemplo, para una colección medieval que hice, me inspiré en una máscara de esgrima antigua y el tema del hierro estuvo muy presente. Lo que tiene que ver con protegerse de lo agresivo, por ejemplo.

–¿Y cuándo empezás a coquetear con el mobiliario?

–Para empezar, yo tengo más revistas de decoración que de diseño de modas. Me parece que tiene mucho que ver un vestido antiguo con un mueble. Para mí es lo mismo. Un objeto más que me emociona de la misma manera. Además, a mí me hubiera encantado seguir diseño industrial y arquitectura, además de indumentaria. Es mi carrera frustrada. Cuando tuve local (Percanta), con mi socia, que era decoradora, empezamos a armar una colección de objetos, desde muñecas hasta cuadritos. Yo colecciono postales escritas y había diseñado un cuadro de doble vidrio donde ponerlas del lado que quisieras. De hecho ahora estoy haciendo unos cuadernos y álbumes con tapas bordadas y flores hechas a mano. Me gusta rescatar los oficios. El año pasado me reencontré con un amigo, Guillermo Rozemblum, que tiene una fundación de arte y en un momento íbamos a hacer algo juntos y salió el tema de los muebles. Hacer reciclaje de muebles antiguos pero con un rediseño que los transforme en un nuevo objeto. Piezas únicas. Fuimos a varios remates. El siempre me decía que apelara a cosas que den más mi estilo romántico, no charol y púas. Que trasladara mi estilo al mueble. Aunque no estoy siendo tan literal porque me gusta provocar ciertas cuestiones a través de ellos que no siempre tienen que ver con cuestiones románticas.

–¿Y la presentación en sociedad?

–Los presentamos en un edificio de artistas que él tiene en el Abasto. Y ahí hice una instalación. Fue algo nuevo, diferente, para mí.

–¿Laura Valenzuela Muebles?





–No algo tan grande como suena eso. Por ahora son piezas únicas. Por ejemplo, diseñé una mesa-cama, reciclando patitas Bambi, de mesas de los años '50. Me gustó el concepto de mesa-cama, en esto unir el placer de la comida con el sexual. Después hice otra mesa que mixtura un carrito de bebé con una mesa y cajones de oficina a los que les sumé unas piezas de farmacia y tubos de ensayo. Muchas cosas no tienen sentido pero son bellas. Debajo del vidrio puse un lingotero y arriba un libro mío que amo, que se llama *La Oveja*, que es un libro antiguo didáctico para niños, de mi colección personal. Y la máscara de esgrima en la punta. En como una gran mesa larga, distinta. Después también presenté una vitrina de vidrio antigua y dentro le puse una serie de cuellos antiguos de hombres, bien percalinados y duros, con un fotomontaje. Moldes de sombreros porque mi abuela era una gran sombrerera, de adorno. Tengo muebles en depósitos de amigos que ahora empiezo a rescatar. Veremos cómo sigue todo este rescate y nuevo modo de expresarme.

Para Giol y para IRSA

Este jueves, la Legislatura aprobó el convenio del polo tecnológico y casi le dio el gusto a la megaconstructora para hacer un inmenso shopping.

POR SERGIO KIERNAN

La Legislatura votó este jueves el convenio urbano con la Nación para que las viejas bodegas Giol y Santa Ana, en Palermo Viejo, pasen a ser un polo científico y tecnológico. El tema no levantó demasiada polvareda porque es un buen uso para los terraplenes abandonados del ferrocarril, sobre Godoy Cruz, y para los viejos edificios. Pero el jueves a la noche hubo un debate previo por una cuestión bastante importante de procedimiento.

Las bodegas Giol y Santa Ana fueron propiedad estatal, productoras masivas de vinos de muy baja calidad que se exportaban en tal volumen que ponían a Argentina en el mapa de los grandes productores mundiales. En los setenta y ochenta, quienes se pidieran un *bal de rouge* en el mostrador de un cafetín en Francia tenían buena chance de acabar tomando un mendocino de Giol, maltratado y reetiquetado por los franceses. Obviamente, el precio que se pagaba por semejante vino era bajísimo. Giol no fue privatizada sino transformada en una suerte de cooperativa de productores que es un modelo de cómo revolucionar un sector. Mendoza exporta hoy mucho más valor agregado en sus vinos.

Entre otros descartes de la antigua megaempresa están sus oficinas y depósitos al borde del San Martín, el ferrocarril que venía justamente de Cuyo. Los edificios y su playa de cargas fueron abandonados y luego ocupados por una verdadera comunidad de despojados. Después de debatir varios usos, se terminó hablando de crear un polo científico que revitalizara la zona. No es poco, ya que la vitalidad de Palermo Viejo se congela en Godoy Cruz, calle sombría de galpones sin uso, solitaria y abandonada al tránsito rápido.

Ahora se van a instalar ahí el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, el Museo Interactivo de Ciencia y Tecnología, y centros de investigación y laboratorios. Con esto se reciclarán los edificios existentes y se construirán otros, además de agregar un nivel de actividad importante en la zona.

La discusión del jueves a la noche no fue por el uso final sino por un tema legal importante. Según el Ejecutivo, el convenio debía ser aprobado con una sola lectura y una sola votación, como pasa con los convenios. Pero resulta que este convenio en particular implica un cambio de zonificación, evento que pide doble lectura. Los terrenos son hoy Urbanizaciones Futuras, pato con gallareta que no significa más que dejarlos abiertos a ideas. A partir de su uso científico, serán un sector de Equipamientos y Servicios.

El oficialismo quería aprobarlo el jueves como un convenio y listo, ya que nunca está de más sentar precedentes para futuros usos más comerciales. La CC propuso dividir el tema en dos, aprobando el convenio por un lado y rezonificando los terrenos en dos lecturas sucesivas. El PRO rechazó la idea y el voto terminó siendo unánime en lo general –una muestra de mostrar apoyo al proyecto–, pero no en lo particular, con la CC y Diálogo en abstención.

Un gusto a IRSA

Pasada la campaña electoral, las lentas ruedas del lobby terminaron de dar la vuelta y la Legislatura casi le vota este jueves a IRSA un cambio de zonificación para que construya un mega-súper-ultra-shopping en una zona bien saturada de Flores. No ocurrió porque ya había bastantes posibilidades de debate con el tema del endeudamiento de la ciudad, con lo que esta otra polémica quedó para el 17 de septiembre.

El proyecto de IRSA tiene un enorme impacto urbano porque tendrá 156.000 metros cuadrados con una torre de 38 de altura y será un masivo atractor de tránsito. A principios de noviembre del año pasado, el proyecto ya estaba en la Comisión de Planeamiento y, aunque es un portaaviones en medio de botecitos, tenía un sospechoso apoyo de ciertos diputados. El proyecto se alza sobre tres manzanas sobre la avenida Avellaneda, un sector porteño perfectamente inocente de plazas y espacios abiertos, y con calles donde estacionar ya es un lejano recuerdo.

Tal es el poder de IRSA que, sin estudio de impacto ambiental y sin pensárselo demasiado, la comisión se reunió en tiempo record y lo votó. Silvina Pedreira, Cristian Asinelli y Alvaro González, del FpV, junto a Silvia Majdalani –que luego se batiría como una mosquetera contra la ley de carteles–, Martín Ocampo –que contrata como asesor a un enemigo del patrimonio sumariado por cosas raras–, Carlos Araujo y el mismísimo Diego Santilli, todos del PRO, votaron encantados. El no vino de Teresa de Anchorena (CC) –que estaba de viaje, pero se hizo escuchar previamente– y de Eduardo Epzstein, de Diálogo por Buenos Aires, que pidió que se archivara el proyecto.

La reunión fue movida porque había representantes de nueve asociaciones vecinales, muy enojados ante la sordera de los diputados. Los vecinos saben perfectamente que las tres manzanas de IRSA forman un conjunto con las 16 de la vieja playa ferroviaria de Primera Junta. También saben que esas tierras pueden ser un gran negocio y un no menos grande negociado, y piden que los terrenos de IRSA sean urbanización parque y los del Onabe –los ferroviarios–, un gran parque urbano, como propusieron en su momento Anchorena y Enrique Olivera. Ni bolilla.



Patrimonios ferroviarios

Uno de los patrimonios de mejor agua que tenemos en este país son sus estaciones ferroviarias, una masiva colección de arquitecturas diversas que funciona como un catálogo de estilos y una demostración clara de qué simple era lograr arquitectura parlante. Es que en paradores, cruces, aldeas, pueblos, ciudades y metrópolis una estación de trenes es un lugar inconfundible. Para mejor, los ferrocarriles fueron por varias décadas un verdadero símbolo de tecnología y desarrollo, con lo que sus edificios se alzaron con la mayor calidad.

Luego se vino la noche y Argentina se encontró con un tendal de estaciones abandonadas. Las que seguían en actividad no tuvieron un mantenimiento apto y lo único que puede decirse es que menos mal que los privados no se hicieron tiempo y fondos para "modernizarlas" masivamente. Es que los casos en que lo hicieron, como el de la estación Villa del Parque del viejo San Martín, mostraron una estética de gomería suburbana, de las que piensan que dejar ladrillo a la vista y cargarse muros internos te da moderno.

Con el nuevo siglo hubo, sin embargo, un cambio positivo y comenzaron procesos de restauración de algunas de las grandes terminales. Así se recuperó bastante la del Mitre, en Retiro, y la fachada de la gran terminal de Once, una obra hecha con fiaca conceptual y el obvio mandamiento de gastar lo menos posible. Ahora se está avanzando con los arreglos de esa bella torta francesa que es la terminal del Roca en La Plata. El trabajo arrancó como se debe, desde arriba, con arreglos de infinitos techos, pintura de interiores y diversas limpiezas y mantenimientos. La terminal fue construida con el monumentalismo Bellas Artes que define a la capital bonaerense, por lo alto y con todo el simbolismo posible: la terminal mostraba que se llegaba a una gran ciudad. Los trabajos están prometidos para fin de año y habrá que ver cómo quedan los detalles, sobre todo por la irresistible tentación moderna a cambiar cerramientos.

Mientras, en Santa Fe, la Municipalidad se cansó de esperar y se puso a consolidar su terminal de trenes, un gran edificio de fines de los años veinte con menos simbolismo pero con mucho porte. La terminal fue el centro de toda una zona de la ciudad, pero desde que se desactivó el ferrocarril quedó abandonada, en un estado catastrófico de mugre y roturas. Protegida como monumento histórico provincial –Santa Fe tiene una ley que declara patrimonio a todas sus estaciones ferroviarias– y por una ordenanza municipal, la terminal casi que fue privatizada y transformada en shopping. Fue en 2006 y el proyecto del Onabe terminó quedando en la nada. Los santafesinos lo habían aceptado a regañadientes a cambio de que se restaurara el edificio.

Ahora, la Municipalidad está usando fondos propios para frenar un poco el deterioro del edificio, conteniendo humedades y consolidando herrerías. La terminal sigue sin futuro, la ciudad sin trenes, pero al menos se podrán usar algunos espacios para actividades sociales y públicas que le den algo de vida.

Curiosamente, hay un caso de estación ferroviaria en buen estado y con un uso vital en Salta, nada menos. Es la terminal del Belgrano Cargas en las calles Ameghino y Balcarce, un edificio tardío pero de buenas proporciones que también aloja un museo ferroviario. La idea arrancó en 1996, con una muestra de fotos en la calle que organizó el maquinista José Stauffer. Gradualmente, las muestras callejeras terminaron en museo de objetos y equipos en la estación de cargas, que sigue en funcionamiento. Este nuevo uso de la estación reavivó las visitas y recordó un poco el movimiento que solía haber cuando todavía existían servicios de pasajeros.

La sinagoga-rancho de Villaguay

Uno de los monumentos culturales más deliciosos de este país es un rancho que se alza en una hectárea arbolada en las afueras de Villaguay, Entre Ríos. El lugar está en pleno corazón de lo que fue una Argentina rural judía y es un producto sólo posible por las experiencias migratorias: es un rancho de adobes parejos, con galería de palo picado y piso de ladrillos, bien plantado entre eucaliptos añosos y dominado por una gran estrella de David. Es la única sinagoga rancho del sistema solar, un artefacto sólo creíble entre los gauchos judíos.

Los lugareños están acostumbrados a que les caigan visitas buscando el edificio. El escritor y periodista Andrew Graham-Yooll organizó, hace tantos años ya, una pequeña expedición para buscarla. Su interés nacía de que los escoceses –que tienen una inmigración argentina mucho más antigua de lo que se suele creer– también crearon un templo de adobes, la famosa *rancho-kirk*.

Resultó que su par judía era custodiada por una de las pocas familias de la gran inmigración organizada por el barón Hirsch que no terminó en las ciudades. Criollísima, la familia cuidaba la sinagoga como propia, se sabía su historia de memoria y la abría a quien quisiera verla. Y contaba que la vieja colonia local, ya disuelta, había dejado otro tesoro, un galpón lleno de libros, muebles y artefactos traídos de Europa, además de infinitas herramientas y objetos fabricados ahí mismo por el herrero, traído especialmente de Ucrania a Entre Ríos.

Gracias a nuestro editor *sub rosa* Jorge Cohen, nos enteramos de que la Asociación Israelita Argentina de Villaguay se reunió hace unos días con el gobernador entrerriano Sergio Urribarri para pedirle ayuda para poner en valor el lugar y declararlo monumento histórico. El rancho tiene entrada por su galería sencilla y se divide en dos ambientes. El principal todavía muestra sus bancos de madera dura, su elaborado mueble de custodia de la Torá y una serie de lámparas de carburo, coloridas y elaboradas, que son un deleite. Atrás hay un segundo ambiente con amplias ventanas al principal para las mujeres y los niños, que doblaba como escuela confesional.

La Torá fue restaurada hace pocos años por especialistas, que se encontraron con un bello ejemplar hecho en Rusia hace muchos años. El edificio, con el mantenimiento que le puede dar una familia, estaba entero y sin graves patologías, pero la misma fragilidad de sus materiales le da un toque de milagro a su misma existencia. Ojalá que el pedido sea escuchado y de paso se ponga a la sinagoga de Villaguay en el mapa cultural de la provincia, para que sea más visitada.